**EL ADVIENTO VIVIDO DESDE LA ESPIRITUALIDAD HISPANO-MOZÁRABE**

**Unas aclaraciones previas**

Cuando hablamos de Ritos litúrgicos nos estamos refiriendo a la oportunidad que existe en el cristianismo por su dinámica interna encarnativa de entrar en una cultura concreta e integrarse con ella hasta el punto de adaptarse a sus modelos de pensamiento, expresión, relación y celebración conservando, a la vez, los elementos esenciales e invariables de la fe revelada, pero generando también un modelo o tipo de ritualidad propia, genuina de ese contexto.

De forma equivocada para muchos la expresión “rito” o “ritual” hace referencia a una pre-comprensión ligada a lo estático o fijo, lo inamovible e impuesto desde fuera; mientras que justamente el rito evoca el aspecto de inculturación propio del genio misionero, expansivo y universal del cristianismo. Esto conlleva un elemento de creatividad, de historicidad y adaptabilidad a las circunstancias, los tiempos, en definitiva, la idiosincrasia de determinados espacios y lugares e este mundo. Todo este proceso está regido, ciertamente, por una guía o autoridad —ligada a las principales sedes apostólicas— que sirve de ayuda y modera la integración para que esta no se desvíe y termine traicionando o perdiendo el elemento revelado, lo divino, la vida de Dios ofrecida, lo central y universal del mensaje evangélico y, en definitiva, el don sagrado que celebramos.

“La diversidad de las formas explica la unanimidad de la fe” decía san Ireneo. La disparidad de Ritos litúrgicos en la Iglesia católica es un testimonio, por tanto, presente desde los primeros momentos en la historia del cristianismo, de cómo la comunión en el seno de la Iglesia no se realiza en la uniformidad impuesta y en la invariabilidad rígida. La unidad católica se vive, en cambio, en la diversidad que enriquece sin dividir y no pierde lo esencial, permitiendo, a la vez, la acentuación de matices, características o aspectos concretos ligados a una cultura o un contexto histórico particular.

Es justamente esto: el necesario equilibrio entre lo universal y lo particular, entre lo común a todos que, por otro lado, solo puede darse en lo concreto de cada uno, lo que ha permitido a lo largo de los siglos, al contrario de lo que pudiera parecer a primera vista, la permanencia en fidelidad y la profundización en hondura y comprensión en el núcleo común a todos los cristianos: la celebración del Misterio de Cristo[[1]](#footnote-1), cuya riqueza no puede ser agotada ni completamente contenida en una única fórmula, gesto o palabra humana.

**Algunas pinceladas históricas**

En la Iglesia española se conserva un Rito litúrgico propio que se fue fraguando poco a poco en los inicios de la evangelización en la Hispania romana y se consolidó desde la época visigoda a lo largo de la Edad Media hasta que por varias razones, sobre todo históricas e intra-eclesiales, fue suplantado finalmente por el Rito romano. Se trata del Rito gotho-hispano o hispano-mozárabe.

Su momento de mayor desarrollo y esplendor fue la época visigoda, tras la conversión de Recadero al catolicismo (589). Fue entonces cuando se redactaron y fijaron la mayoría de las fórmulas litúrgicas, principalmente anónimas, aunque tras ellas se reconoce la valiosa aportación teológica de san Justo de Urgel, san Leandro y san Isidoro de Sevilla, san Juan Zaragoza y san Ildefonso de Toledo, entre muchos otros.

El rito se mantuvo en vigor durante la invasión musulmana. Mientras se iba asumiendo el Rito romano en los lugares reconquistados del Norte de Hispania —hasta llegar a convertirse en el rito oficial y único para todos los cristianos del Occidente católico— el Rito hispano pervivió, en cambio, principalmente en los espacios de ocupación árabe. De aquí que una de las más conocidas de sus denominaciones es la de Rito mozárabe —existen otros nombres válidos para designarlo[[2]](#footnote-2)—. Por esta circunstancia se explica también la gran influencia árabe sobre todo en la arquitectura religiosa, pero también en otras expresiones artísticas, tan características del cristianismo hispano-mozárabe.

En España nunca ha llegado a perderse completamente el Rito hispano y, por ejemplo, en Toledo hubo siempre parroquias a las que se les permitió la celebración en esta liturgia, incluso después de la implantación del Rito romano[[3]](#footnote-3). Pero, sin duda, ha sido después del Concilio Vaticano II, sobre todo, cuando nuestro rito particular ha despertado de un cierto letargo y ha comenzado a ser más conocido, muy estudiado y valorado positivamente. Todo esto ha sido posible gracias a importantes trabajos de recuperación e investigación, así como a la revisión y publicación de los nuevos libros litúrgicos.

Para nuestra Iglesia española ha sido y es, sin duda, una ocasión para llevar a la práctica el tan deseado y genuino “aggiornamento” de la reforma conciliar también en el orden litúrgico. Es decir, la vuelta a las fuentes para reavivar así el atractivo original del cristianismo en las circunstancias y necesidades de nuestro tiempo, en la confianza de que al redescubrir la riqueza teológica, la profundidad espiritual y la mistagogía celebrativa de nuestro rito hispano se ofrece una antigua y nueva vía para adentrarnos más vivamente en las raíces y entrañas del cristianismo vivido en nuestra tierra, siguiendo el rastro y el testimonio de nuestros hermanos mayores en la fe (*lex credendi*) que celebrándola con estas palabras y gestos (*lex orandi*), la hicieron vida de sus vidas (*lex agendi*) hasta configurarse con Cristo y, en muchos casos, hasta dar la vida en la gracia del martirio.

**Los acentos del “genio” hispano-mozárabe**

En un momento en el que la mayor parte del pueblo no tenía acceso a la cultura ni a la formación, los pastores de la Hispania de la Alta Edad Media fueron grandes impulsores de lo que podíamos llamar un humanismo latino que dejaron plasmado ante todo en los textos litúrgicos. Esto explica la inmensa riqueza de fórmulas y oraciones para las distintas celebraciones, con mucha más variación por ejemplo en la celebración eucarística de lo que estamos acostumbrados en el rito romano. Más que cualquier otro tratado de teología, la liturgia es el testimonio y la herencia para la posteridad de una genuina teología, una espiritualidad y unos acentos pastorales, hasta poder hablar de un cierto “genio” de la liturgia hispano-mozárabe en la que podemos resaltar algunos acentos particulares:

* El profundo sentido del Misterio de Dios que alumbra una cierta teología negativa y narrativa: “¿Quién podrá cantar las justas alabanzas que mereces, si al contemplar tus obras ni se pueden enumerar tus maravillas ni ensalzar debidamente toda tu potencia? Ninguna fórmula de fe se atrevería a expresar cuán grande o cómo eres, porque tu magnitud y tu manera de ser no las puede conocer la sabiduría” (*Illatio* III Domingo de Adviento). Las referencias a Dios se realizan, por tanto, a través de bellísimas metáforas, descripciones muy coloristas, existenciales, con un contenido fuertemente bíblico.
* Una peculiar cristología en la que el Misterio de Cristo, su verdadera divinidad y su verdadera humanidad son profusa y armónicamente desarrollados, frente a la amenaza del arrianismo y del priscilianismo[[4]](#footnote-4). Esto explica, por un lado, que algunas oraciones se dirijan directamente al Hijo, a Jesucristo, mientras que en el Rito romano las oraciones se dirigen generalmente a Dios Padre. Jesucristo recibe denominaciones inusuales como Creador, Dueño de todo, atributos más propios del Padre según nuestra mentalidad latina. A la vez hay una rica presencia de signos y expresiones sobre la verdadera humanidad de Jesucristo como, por ejemplo, la fracción de la Hostia consagrada en siete o nueve partes en relación con los misterios de la vida del Señor. Esta rica cristología es, en definitiva, profundamente sacerdotal, Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre es el puente entre Dios y el mundo creado. Esto permite desarrollar una cosmovisión y una antropología hondamente positivas y bellas.
* El carácter tanto participativo como contemplativo de la asamblea es otro rasgo genuino. Hay mucha intervención del pueblo y está muy enfatizada la forma dialógica a través de aclamaciones o respuestas enfáticas, así como intercesiones —los llamados dípticos— y variados cantos. Todo esto ayuda a la integración viva y real del pueblo en la celebración. La constante respuesta a la voz de Dios a través del amén, que llega a repetirse 33 veces a lo largo de la celebración eucarística, tiene una especial significatividad.
* Hay una presencia evidente de elementos provenientes de otros Ritos litúrgicos. Fue el primer Rito occidental en el que se introdujo la recitación del Credo, como se hacía en las liturgias orientales. Además, se conservan aclamaciones del pueblo en griego como el canto del Trisagio y la respuesta: “Hagios, Hagios, Hagios”[[5]](#footnote-5). La celebración del rito de la paz se realiza antes del inicio de la plegaria eucarística siguiendo el consejo evangélico de Jesús “Si cuando vas a presentar tu ofrenda ante el altar…”[[6]](#footnote-6). La asamblea, según san Isidoro, se dispone siempre hacia Oriente, incluidos los sacerdotes y el presidente, a la espera del Salvador, Luz sin ocaso. Estos y otros elementos dotan al rito hispano-mozárabe de un sentido fuerte de universalidad, de una gran belleza, de una vinculación mayor con las fuentes del cristianismo y una cercanía con la espiritualidad del Oriente cristiano muy acorde con la llamada y el reto ecuménico.

**El adviento, en la liturgia hispano-mozárabe**

El tiempo de Adviento es uno de los más importantes dentro del ciclo litúrgico de la liturgia hispano-mozárabe. Fue el Rito litúrgico más antiguo, junto con el galicano, en el que encontramos alguna referencia sobre la celebración de un tiempo de preparación antes de la Navidad con un carácter ascético y de purificación. Estas noticias se remontan al siglo IV.

Se prolonga durante seis semanas[[7]](#footnote-7), como en el rito ambrosiano, y se concibe como una preparación para la celebración de la Navidad y la administración del bautismo durante este tiempo. Todo esto dota al tiempo del Adviento de una importancia equiparable a la de la Cuaresma. Son también 40 los días de la expectación del Señor que viene a la vida del cristiano en el presente a través de los sacramentos que son, a su vez, prenda de la la vida futura.

Este paralelismo entre Adviento y Cuaresma evidencia la profunda espiritualidad pascual que se encuentra en el trasfondo, como *cantus firmus*, de todo el Rito hispano-mozárabe. Al recordar y revivir litúrgicamente todos misterios de la vida del Señor, en realidad, a través de ellos, se conduce al creyente siempre más y más y desde muchos caminos a una misma meta: la gracia pascual. Por eso, la perspectiva particular de la liturgia del Adviento hispano-mozárabe será la de invitarnos a mirar, a través del acontecimiento de la Encarnación del Hijo de Dios, hacia la Pascua. En el Adviento este paso, la Pascua de Cristo, cobra dimensiones fuertemente cósmicas. La totalidad del Cuerpo de Cristo, Cabeza y miembros, todo este cosmos, será transfigurado participando en la Gloria del Padre pues, por la encarnación de Cristo, Dios y el mundo no solo han sido reconciliados sino que entre ellos se ha hecho posible la comunión de amor y vida, semejante a la plenitud de la divino-humanidad de Cristo[[8]](#footnote-8).

Existe una liturgia propia para cada uno de los seis domingos y esta liturgia se repite durante las misas feriales de la semana. Contamos con dos celebraciones marianas: la Inmaculada el 8 de diciembre y Santa María de la Esperanza el día 18 y la celebración de la memoria de otros santos[[9]](#footnote-9) que a lo largo del Adviento nos ayudan a fijar la mirada en Cristo.

Siguiendo los textos litúrgicos el creyente es invitado a adentrarse en un bellísimo itinerario espiritual del que queremos destacar algunos aspectos.

**Las venidas del Salvador en humildad y escondimiento**

La impronta escatológica, como hemos apuntado antes, es uno de los rasgos más característicos del Adviento en el rito hispano-mozárabe.

Para adentrarse en esta espiritualidad escatológica necesario despertar en los creyentes el anhelo de plenitud, y por ello la conciencia del *homo viator*, la constatación de estar en camino, siempre en búsqueda. Esta espera se transforma en el Adviento en constante súplica y petición: “¡Ven, Señor, y no tardes!” (*Post pridie* III Domingo de Adviento).

La liturgia mozárabe esta llena de este anhelo de más, de esta sed —el amor de Su venida[[10]](#footnote-10)— que brota paradójicamente del encuentro en el presente con Cristo[[11]](#footnote-11). Es el “ya” pero todavía “más”. Por eso, la espera es gozosa, confiada y serena[[12]](#footnote-12). El deseo de la última y definitiva venida de Cristo está sostenida por el recuerdo de las anteriores venidas. La liturgia mozárabe del Adviento es una anánmesis constante del misterio de la Encarnación: la primera visita del Salvador. “Señor Jesucristo, creemos que has de venir como juez, a ti que, hace ya tiempo, en la primera visita de tu gloria, te dignaste venir en humildad a causa de nuestros pecados” (*Post nomina* II).

Esta primera visita se prolonga en el tiempo en cada liturgia eucarística por la consagración de los dones donde se actualiza el descenso de Cristo desde el cielo hasta la tierra, hasta nosotros. Es esta segunda y constante visita del Salvador en el tiempo de la Iglesia lo que sostiene la esperanza del creyente y despierta su deseo: “Cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga glorioso desde el cielo. Así lo creemos, Señor Jesús”.

**La última venida en Gloria y Poder**

Estas dos previas venidas de Cristo están marcadas por la humildad y la pobreza, por la misericordia y la debilidad, por un cierto escondimiento, un silencio místico. Son las visitas del *rex mansuetus*. Las oraciones litúrgicas se sirven justamente de estos adjetivos para describir las venidas de Cristo y, en esta misma perspectiva, es muy significativo el evangelio del III Domingo de Adviento en el que se lee la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén los días antes de su Pasión —de nuevo esta relación entre el Adviento y la Pascua—. Este paso de la vida de Cristo en los evangelistas se relaciona siempre con las profecías veterotestamentarias de los tiempos mesiánicos donde el Mesías se presentará no con fuerza y poder al modo humano, no como dominador, sino como un Rey humilde[[13]](#footnote-13).

La última venida de Cristo es deseada pero también temida; cuando Cristo vendrá como Juez definitivo de los tiempos[[14]](#footnote-14). A la imagen del Salvador como Rey humilde se vinculará ahora la del Juez libertador y Misericordioso, teniendo como trasfondo evangélico la parábola de Mt 25 sobre el Juicio Final. La última venida será espectacular, las descripciones son fuertes, se enfatiza la dimensión de Gloria, Poder y Majestad, despertando así en el creyente un fuerte sentimiento religioso cercano al santo temor de Dios. Algunas de estas expresiones dicen así: “la terrible venida de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo”(*Alia* I); “la segunda venida de tu juicio” (*O. Ad.* II); “cuando vuelvas en tu venida gloriosa como juez justo” (*Ad pacem* III); “para que en tu segunda venida, cuando vengas en Majestad y Gloria” (*Ad pacem* IV); y por último, “la temible segunda venida” (*Illatio* IV).

¿Qué quiere decirnos todo esto? Hay una acentuación y una intención pedagógica en el desarrollo litúrgico del rito hispano-mozárabe que nos ayuda a vivir el Adviento y la Navidad no solo como memoria histórica del nacimiento del Hijo de Dios en el tiempo y el espacio concreto de este mundo; sino en la actualización de este acontecimiento en una perspectiva profundamente pascual. El nacimiento de Cristo sucedió una vez en la historia en orden a la salvación eterna. Esta salvación eterna es la que se cumplirá de un modo pleno en su definitiva venida. Recordamos, por lo tanto, la primera venida para avivar la espera y el deseo de la definitiva. Recuperar esta impronta escatológica, la espera de la última venida del Salvador, nos empuja a plantearnos temas tan importantes como el de la exigencia y necesidad de una justicia última que responda e ilumine el misterio de la injusticia y el mal que en este mundo tantas veces parecen triunfar y quedar impunes; o también, vivir en el recuerdo constante de lo relativo de las cosas de este mundo que paradójicamente, por otro lado, despiertan en nosotros un anhelo, un gemido y ansia de eternidad, que ellas mismas no pueden colmar. Además, si todo será transfigurado en Cristo, cumpliéndose así el destino eterno que lo finito lleva inscrito en su interior, el mundo requiere un cuidado y respeto peculiar —de aquí el carácter penitencial de este tiempo— en la certeza de que todo en él está llamado por la comunión de los santos a una plenitud en Dios.

**Juan el Bautista, eremita y mártir**

Todo lo descrito hasta aquí ilumina dos estilos de vida modélicos en la espiritualidad mozárabe y que encontrarán en Juan, el bautista, protagonista excepcional del Adviento junto con Isaías, el arcángel Gabriel y María, una gran correspondencia.

El monacato de tendencia eremítica y el martirio fueron los dos modelos de santidad cristiana que sobresalieron en la época visigótico-mozárabe. Ambos están profundamente sellados por una espiritualidad pascual, con una fuerte tendencia escatológica y cósmica, pues solo la perspectiva de la eternidad nos ofrece un modo verdadero y libre de estar en el mundo. El monje y el mártir tienen su mirada puesta en los bienes eternos, en la vida definitiva que no pasará y esto hasta el punto de ofrecer libremente la vida temporal en favor y como confesión de fe de la vida futura en el caso del mártir o, en el caso del monje, hasta separarse en cierto modo de las realidades de este mundo, distanciarse de ellas para aprender, en la purificación de las pasiones y en la búsqueda constante del Rostro de Dios, la posibilidad de un nuevo trato, un nuevo estar ante lo real respetuoso, gratuito, austero y libre.

Justamente estas dos figuras encuentran una gran afinidad con Juan el Bautista del que se hacen constantes referencias en la liturgia hispana del Adviento. En el I Domingo de Adviento, sobre todo, Juan es modelo del itinerario de purificación y conversión, de llamada a la penitencia, de retiro en el desierto, que permite vivir el nuevo trato y relación con las realidades de este mundo y con Dios, capacitándonos para la acogida del Salvador, la escucha de su Palabra, la apertura del corazón a su misericordia[[15]](#footnote-15). Juan se presenta también como modelo de la entrega de la vida hasta el martirio, el bautismo de sangre. En realidad la vida de Juan es un gran adviento que encuentra su cumplimiento con la venida del Señor, “a quien precedió naciendo, precedió predicando en el desierto, precedió bautizando” (*Illatio* I).

Es precioso, desde esta perspectiva, el evangelio del II Domingo de Adviento, cuando Juan, ya encarcelado, plantea a Jesús la última gran pregunta que da sentido a toda su vida y también a su muerte: ¿Eres tú el que había de venir o tenemos que esperar a otro?[[16]](#footnote-16). En la certeza y confianza de que el Esperado de los tiempos está ya presente y que en Él todo encontrará un cumplimiento, Juan empieza a menguar y deja paso al que viene detrás de él hasta entregar su vida por fidelidad a la Verdad; igual que los cristianos mozárabes, en la fidelidad a la fe en Cristo, con libertad y esperanza en muchas ocasiones, fueron arrebatados de este mundo al Padre por la gracia del martirio.

**Santa María de la Esperanza**

Figura clave del tiempo del Adviento es María, la Madre del Señor. El tiempo de Adviento es el tiempo mariano por excelencia en el Rito hispano-mozárabe. Cuando la fiesta mariana del 25 de marzo, la solemnidad de la Anunciación, se extendió por toda la Iglesia universal se encontró una cierta resistencia en los cristianos hispano-mozárabes para asumirla. Justificaban que durante la cuaresma el ayuno y el sentido penitencial no debían ser rotos por ninguna otra celebración que pudiera distraer de la preparación pascual, pero había una razón más. Con mucha anterioridad, en el X Concilio de Toledo en el año 656 se había ya instituido la gran solemnidad mariana del 18 de diciembre, denominada fiesta de santa María. Parece que fue la única fiesta mariana celebrada litúrgicamente en el rito hispano antes del siglo IX. Justo una semana antes del día de la Natividad esta celebración tenía como finalidad centrar los ojos, el corazón y la atención de este tiempo en el misterio de la maternidad divina y humana de María, en el estado de expectación, de espera inminente del Hijo, la contemplación de las entrañas de la Hija de Sión habitadas por Dios. Todas estas actitudes marianas se presentan como modelo de la actitud del cristiano que en Adviento está llamado a asumir esta maternidad, en la gestación y alumbramiento de Cristo por la acción del Espíritu que viene a cada uno de nosotros para la salvación del mundo[[17]](#footnote-17).

San Ildefonso de Toledo desarrollará toda una mariología de la Expectación, que originará también el título tan popular de María de la O. La expectación tienen también una dimensión cósmica —sobre todo, en los textos de los *praelegendum* o antífonas de entrada de la eucaristía—, se expresa así la eclosión universal que este nacimiento trae consigo donde ángeles, cielos, montañas y montes, árboles del bosque aclaman y cantan porque ya llega, ya llega el Rey de la tierra[[18]](#footnote-18).

Los títulos marianos de la liturgia del 18 de diciembre entroncan con la tradición profética del Antiguo Testamento. La primera lectura del profeta Miqueas presenta a María como Hija de Sión, Nueva Jerusalén, Torre del rebaño y pequeña Belén en la que nacerá el Salvador. En ella y gracias a ella, el Rey de los Cielos encontrará un espacio, una casa, donde morar en esta tierra. Lo recibe la Esposa —en referencia al salmo 44 citado en las *Laudes*[[19]](#footnote-19)— y porque Esposa será también la Madre, en cuyas entrañas nace Dios, “que se ha hecho don e hijo”. Ella es la nueva Creación, el nuevo Paraíso donde Dios y el hombre se reconcilian.

Esta preciosa liturgia mariana y todo el ciclo del Adviento enfatizan la dimensión personal del misterio de la venida de Dios al mundo. El Señor pasa a través de la libertad del hombre, pide permiso al corazón libre de una mujer para hacer posible el acontecimiento de la salvación. El diálogo entre María y Gabriel expresa esta delicadeza de Dios ante el ser humano: “Porque respondió no dudando sino creyendo, el Espíritu realizó lo que había prometido el Ángel. (…) concibió a Dios primero en su mente, después en su seno. La Virgen, llena de la gracia de Dios, fue la primera en acoger la salvación del mundo, y por eso es la verdadera Madre del Hijo de Dios”, *Illatio* II.

El don de la perpetua virginidad de María constantemente resaltado en las oraciones de Adviento simboliza un doble aspecto. Este respeto de Dios que con su Presencia no rompe ni quiebra nunca lo humano sino que lo lleva a una total integridad y plenitud. Así como la seriedad de la responsabilidad del hombre, verdadero interlocutor ante Dios, que espera nuestra palabra, que se ciñe a nuestro ofrecimiento de amor libre.

**Alumbrando una secreta esperanza para el mundo**

Este carácter personal del amor libre se perpetúa en la historia, Dios continua pidiendo permiso a cada hombre para hacerse presente, para entrar en el mundo, para apremiar su última venida. Este es el sentido del Adviento: alumbrar la esperanza para el mundo en la acogida marial de Cristo gracias al sí secreto de cada corazón.

“**S**eñor Jesucristo, acepta benigno nuestro culto en esta solemnidad y penetra bondadoso en nuestro corazón. Que sólo tú tengas entrada a la mansión, que para ti solo hemos preparado, para que complaciéndote tú mismo en la pureza de nuestras almas te dignes ser guardián de tu propia obra y mores en ella perpetuamente”, *Alia* Solemnidad de Santa María.

Esta riqueza del Rito hispano-mozárabe está presente hoy en la Iglesia. Por un lado, muchos elementos característicos de la celebración del Adviento proceden del espíritu hispano como la corona del Adviento o la importancia del árbol de Navidad como recuerdo del Árbol de la Vida. Además, el Rito se celebra y está en vigor, de modo que podemos asistir y participar de él. En la Catedral de Toledo, en la capilla mozárabe, cada día se celebra esta liturgia. También en Madrid cada martes, gracias a la asociación eclesial *Gothia* nacida para promover y dar a conocer la riqueza espiritual y cultural de este Rito, se celebra la liturgia hispano-mozárabe en la Basílica de la Concepción de Goya. En el resto de España también se mantiene, pero su celebración es puntual.

¿Por qué no adentrarnos en este Adviento 2022 siguiendo este precioso itinerario litúrgico?

Hna. Carolina Blázquez Casado, osa.

Monasterio de la Conversión

1. “La riqueza insondable del misterio de Cristo es tal que ninguna tradición litúrgica puede agotar su expresión. La historia del nacimiento y del desarrollo de estos ritos testimonia una maravillosa complementariedad. Cuando las Iglesias han vivido estas tradiciones litúrgicas en comunión en la fe y en los sacramentos de la fe, se han enriquecido mutuamente y crecen en la fidelidad a la Tradición y a la misión común de toda la Iglesia”, CIC 1201. [↑](#footnote-ref-1)
2. Atendiendo a las diversas épocas de su desarrollo ha recibido todas estas denominaciones: hispano, visigótico, gótico, mozárabe, toledano o isidoriano. Tras el Concilio Vaticano II se adoptó la denominación de “rito hispano-mozárabe”. [↑](#footnote-ref-2)
3. No podemos detallar la historia del desarrollo y conservación del rito pero hay dos figuras claves que no podemos pasar por alto. Se trata del Cardenal Cisneros que apreciando enormemente los valores del rito lo salvó prácticamente de su desaparición instituyendo, entre otras aportaciones importantes, la capilla mozárabe en la catedral de Toledo donde todos los días ininterrumpidamente se celebra desde entonces la liturgia de las horas y la eucaristía según el rito hispano. La otra gran figura es el Cardenal Francisco de Lorenzana que en el siglo XVIII e inicios del XIX alentó la reedición de los textos tanto de Breviario como del Misal hispano. [↑](#footnote-ref-3)
4. Se trata de dos herejías contemporáneas al desarrollo del rito mozárabe. El arrianismo es una herejía cristológica que niega la verdadera divinidad de Jesucristo argumentando que la filiación, su condición de Hijo, introduce un elemento de posterioridad y por tanto de degradación respecto del Padre que es la única fuente de la divinidad y único verdadero Dios, mientras que el Hijo es de segunda categoría. El priscilianismo se fundamenta en un dualismo cósmico que tiene una visión negativa de las realidades creadas en cuanto que materiales promoviendo una ascesis “des-encarnativa”, es decir, movida por un total rechazo del mundo, de lo material como signo de la cercanía a lo espiritual, a la vida de Dios. [↑](#footnote-ref-4)
5. En el inicio de las intercesiones solemnes ante la invitación a la oración del sacerdote el pueblo responde: “Hagios, Hagios, Hagios, Señor Dios, Rey eterno. A Ti nuestra alabanza; a Ti nuestra acción de gracias”. [↑](#footnote-ref-5)
6. Mt 5, 23-24. [↑](#footnote-ref-6)
7. “El tiempo de Adviento consta de seis semanas: el primer domingo es el que cae entre el 13 y el 19 de noviembre, el más próximo a la festividad de San Acisclo. Sus textos, de tono festivo, están encaminados a suscitar la alegre esperanza de la Venida del Señor”, *Prenotandos* n.9, *Normas sobre el año litúrgico y sobre el Calendario en el rito hispano-mozárabe*. [↑](#footnote-ref-7)
8. “Celebramos, Señor, el memorial de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que, al venir a nuestro mundo, asumió la naturaleza humana; para redimir a los hombres que había creado padeció la pasión de la cruz en vista de la salvación de todos; para superar y derrotar la muerte que nos es debida aceptó por nosotros la muerte que no merecía en modo alguno; saqueó el infierno dejando allí a los impíos; y, al resucitar, se llevó consigo al cielo a los santos que estaban allí retenidos; regresando al cielo nos indicó el sendero por el que podemos también nosotros subir al cielo; al volver de nuevo para juzgar a vivos y muertos, intimará a los malvados y pecadores el suplicio eterno y a sus fieles, que hayan observado sus preceptos, los hará partícipes de la gloria de su eternidad”, *Post Pridie* IV. [↑](#footnote-ref-8)
9. San Acisclo (17 de noviembre); San Andrés, apóstol (30 de noviembre); la Concepción de Santa María Virgen (8 de diciembre: se trata de una fiesta tardía, pero la liturgia no puede ser nunca una realidad cerrada, sino abierta a la vida de la Iglesia); Santa Leocadia, virgen y confesora (9 de diciembre); Santa Eulalia de Mérida, virgen y mártir (10 de diciembre); solemnidad de Santa María (18 de diciembre); Santo Tomás, apóstol (21 de diciembre); y San Isidoro. obispo de Sevilla (22 de diciembre). [↑](#footnote-ref-9)
10. Hay un precioso equilibrio en las oraciones entre la experiencia presente de amor y misericordia de Cristo que permite la espera confiada y el deseo de su venida: “Te pedimos, Señor Jesucristo, que el amor de tu venida permanezca de tal modo en nosotros que nuestros corazones nunca se aparten de ti. Haz que ya ahora estemos inscritos en la eterna convocatoria para que quedar confundidos, cuando vengas a juzgar al mundo”, *Post nomina* I.rboles del bosque aclaman y cantan porque ya llega, ya llega el Rey de la tierra. lebraci8 de dicimebre Es preciosa desde esta p [↑](#footnote-ref-10)
11. Cf. J. M. Sierra, “El tiempo de Adviento en el rito hispano-mozárabe. Itinerario de fe hacia Jesucristo”, *Toletana* 27 (2012/2), 73-109. [↑](#footnote-ref-11)
12. “Queridos hermanos, ahora que esperamos gozosos la venida de nuestro Señor Jesucristo imploremos la omnipotencia de Dios Padre, para que purifique nuestros corazones y conserve sin tacha nuestros cuerpos. Que él suscite en las almas de los fieles el deseo de buscar con toda fidelidad lo que puede ser de provecho para la salvación. Esperemos con ánimo sereno a aquel que ha de venir y que ha sido exaltado por encima de todos los principados y potestades”, *Or. ad.* I. [↑](#footnote-ref-12)
13. Mt 21, 4-5. [↑](#footnote-ref-13)
14. “Que se muestre manso en el juicio aquél que un día se hizo presente discretamente”, *Illatio* V. [↑](#footnote-ref-14)
15. “Antes de la venida de este mismo Hijo tuyo, te dignaste destinar a Juan como precursor, para que, por la predicación de la verdad en el desierto, el pueblo, arrepentido de sus antiguos pecados, obtuviese el perdón; y así el mundo fuese digno de alcanzar la plenitud de la gracia por medio del nuevo hombre de dios portador de la buena noticia del reino de la divina Trinidad”, *Ad pacem* I. [↑](#footnote-ref-15)
16. Mt 11, 2-6. [↑](#footnote-ref-16)
17. “Dios eterno y todopoderoso, luz de los fieles y guía de los hombres, tú nos consagras por tu Palabra hecha carne, que nació de la Virgen María; haz que descienda sobre nosotros la fuerza de tu Espíritu Santo y nos cubra la misericordia del Altísimo”, *Post nomina* VI. Y también: “Así como la Virgen, cubierta por la sombra divina, concibió y dio a luz, también nosotros, encendidos por la divina inspiración, profesemos públicamente lo que hemos concebido del Espíritu Santo”, *Ab or. Dom.*, Solemnidad de Santa María. [↑](#footnote-ref-17)
18. “Que se alegren, Señor, los cielos y salte de gozo la tierra, porque la Palabra hecha carne habita en las entrañas de la Virgen sagrada (…) Ahora se conmueven los mares y todo lo que hay en ellos; los montes y todos los árboles del bosque se regocijan, porque el Señor, hecho hombre, se ha dignado venir del cielo al mundo por medio de la bienaventurada Virgen María”, *Alia* II. [↑](#footnote-ref-18)
19. Se denomina Laudes en la liturgia hispano-mozárabe al canto posterior a la homilía con el que se concluye la liturgia de la palabra. [↑](#footnote-ref-19)